

LA MULA

Por PEDRO NEL OSPINA

(El 18 de septiembre de este año se cumple el centenario del natalicio del General Ospina. La nación conserva con devoción la memoria del gran patriota, del estadista insigne que supo guiarla por caminos de auténtico progreso, del empresario empujoso que fue él, del varón exacto, ejemplo de la raza. A sus múltiples afares sumó el amor por las lides literarias y en tal campo cosechó nobles laureles. Como homenaje de La Revista al ilustre repúblico, nada mejor que transcribir aquí una página suya de admirable factura).

El instinto que arrastra a la humanidad a lo desconocido no reza con las cosas y personas cuyo contacto y trato constituyen nuestra vida diaria; se reduce a aspiraciones de orden superior y tiene por objetivo principal emociones del espíritu. Fulano, que daría un ojo de la cara por haber tratado familiarmente al sublime e incomprensible profeta de Patmos, no probaría un plato de lagarto estofado que pusieran a su mesa. La afición a la vaguedad y a la sorpresa es casaca destinada a ocasiones anormales.

En la faena cotidiana preferimos el **statu quo**, las cosas y las gentes de condición fija, permanente y conocida. Y es acaso la causa de este fenómeno el fondo innegable de desconfianza que hay dentro de cada individuo, herencia tan universal como el pecado venial, y que denuncia en nuestro abuelo pecador no poco del pergeño taimado de Sancho Panza.

Todo lo que es híbrido —como que es inesperado y transitorio— ha merecido, pues, la antipatía de los humanos. Y esto a tal punto, que ni la mula, encarnación de la constancia, de la prudencia, de la fortaleza y de la inflexibilidad, virtudes que rara vez se han visto tan admirablemente combinadas, ni la mula, vehículo **sine qua non** para nuestros caminos, ha escapado del anatema de aquella preocupación vieja como el mundo y que ha recibido con igual condenación las producciones híbridas de cualquiera procedencia, tales como la hipocresía.

el afeminamiento, las monarquías constitucionales y las serenatas con piano y flauta.

Mortifica el espíritu imparcial contemplar tan injusta prevención; y que por ella, al mismo tiempo que nos aprovechamos de la mula, la coloquemos en humilde categoría y descuidemos su estudio, siendo animal tan interesante como ninguno, tan serio y malicioso, tan útil como testarudo y no menos quisquilloso que paciente. Hablo de estudios más **humanos** y trascendentales que los meramente zoológicos.

La mula es, ante todo, una síntesis admirable. Tras la más taimada hipocresía reune y oculta no poco de la fogosa condición del caballo y mucho de la paciente terquedad del burro. A estas cualidades positivas, al parecer contradictorias en una sola naturaleza, agrega otras originales, o acaso resultado inesperado de la unión de las dos que, distintamente definidas, se combinan para formar eso que, con el debido perdón de mis lectores, quiero llamar el **carácter** de la mula.

¿Habría (sobre todo en este país) quién le niegue tan envidiable prenda? ¡No yo, a fe mía! Cuando todo aquí degenera y se perverte, la mula permanece inalterable e incólume en su carácter a través de los tiempos... De seguro que más se diferencian los franceses de hoy de los galos pintados por César, que nuestras marrulleras mulas de las mulas marrulleras de los primeros siglos.

Así como la fisonomía del buey despierta en el alma del que lo observa sentimientos de compasión, y si prolongamos su contemplación intensamente, puede arrastrarnos a una obsesión melancólica de esas que estudia la patología, la fisonomía de la mula revela condiciones interiores con la mayor armonía combinadas. El reconcentramiento, la inteligencia, la malicia, cierto desdén filosófico por cuanto la rodea y el esfuerzo continuo por obtener para sí únicamente ventajas materiales y sólidas, son datos impalpables que bullen en la expresión de aquella fisonomía y le hacen aureola. Si una mula hablara, ¡qué cosas diría! Nada de ampulósidades pedantescas, nada de imaginaciones estériles; sino honda y sazónada plática, salpicada de sátiras profundas y atrevidas, concisa, aguda, sabia e intolerante... Tácito mal humorado y zumbón.

La mula **roma**, que no es en su origen sino una viceversa de la otra, tiene en su carácter rasgos más vivaces y caprichosos, lo cual se explica fácilmente con sólo recordar que en ella predomina la naturaleza inquieta y leal del caballo.

Una mula ya entrada en años, cabizbaja y pensativa, adornado el espinazo con esas manchas blancas que son los recibos de otras tantas mataduras cicatrizadas, etapas de un martirio prolongado, sola y flaca, en medio de un campo reseco, a esa hora melancólica del crepúsculo, cuando parece que todo piensa, es espectáculo capaz de hacer entrar en flato a una ardilla. Alguna sombra más, un horizonte adusto, y tendréis allí el cuadro más cabal de la mortal congoja que hacen nacer en el alma atribulada el olvido del cielo, la ingratitud de los hombres y la indiferencia de la naturaleza.

En la seriedad del burro hay mucho de estúpido; la de la mula denuncia por el contrario, la más intensa malicia. Aquél parece distraído; ésta, cuando menos, preocupada. Y si el uno podría representar

el espacio, la otra debería ser símbolo del tiempo.

No hay noticia de que una mula haya malgastado su fuerza o su actividad en cosa inútil. Ni son muchos los casos en que haya errado el blanco al tirar una coz, y esto, cuando el caballo rara vez acierta.

¡Qué ciencia de la vida en la mula! ¡Qué instinto admirable del equilibrio en medio de las dificultades!

Para que una mula no esté gorda, se necesita una serie de contrariedades tan complicada y abrumadora, que haría erizar los cabellos del mismo Stanley.

Innegable, sí, es —y yo quiero ser justo— que el carácter de la mula no peca por excesivamente meloso. Mas ¿quién habrá tan poco caritativo o tan ciego que por ello se atreva a hacerle cargo? ¿No ha de vivir malhumorada y displicente ella, la hija del mimadísimo y sibarítico burro, sultán mediatibundo y lascivo, la hija de la yegua, bendición del proletario, para quien, cuando llega al estado que, acaso irónicamente llamamos **interesante**, se convierte en personaje acatado; ella, retoño maldito e infecundo de dos razas igualmente beneméritas, que se ve oprimida y maltratada a pesar de sus servicios y blasones?

Si los traductores del Génesis no cayeron en la pícara tentación de equivocarse, parece indudable que fue Ana, hija de Sedeón, descendiente de Esaú, quien por primera vez hizo el hallazgo de la mula en algún olvidado oasis del desierto (*), en el mismo en donde había dado con las primeras aguas termales que la historia recuerde. Que otro menos ignorante que yo, y más desocupado discuta el valor de la palabra que ha dado origen a las diversas interpretaciones del texto citado.

Hoy, cuando ha habido cantores para todas las trivialidades y no ha quedado fruslería que no haya merecido el trabajo de dos o tres vates feroces; cuando no ha habido **quídam** trashumante que, solicitado por la comezón de Sterne, no nos haya espetado en forma de libro las narcóticas apuntes de sus viajes más o menos sentimentales; cuando cada enamorado idiota se considera con el derecho de apurar la paciencia del público infestando periódicos y cuadernos con los desdichados vestigios de su poética dolencia; cuando hasta los más pachorrudos y bonachones ingenios de nuestras breñas se han dado a la difícil maroma de la prensa, y, fingiendo pasiones y plagiando ideas y frases, hacen la olla gorda entre el coro sonriente de los gacetilleros hambrientos que los aplauden y de los lectores y lectoras de pacotilla que los aguantan y aprecian; hoy, cuando los militares discurren sobre minería y los quincalleros discuten las más difíciles cuestiones de las finanzas públicas; cuando agotadas las altisonancias y los epítetos de la hipérbole laudatoria, apenas hay persona, objeto, absurdo o impiedad que no haya recibido en las narices su correspondiente incensario, contrista el corazón que aún no haya encontrado la mula algún bardo

(*) Génesis. Cap. XXVI. 24.

aburrido, melenudo y santamente intencionado, que en bien medidas y sonoras octavas reales cante a los cuatro vientos sus proezas.

Nuestros poetas de la última hora van en rebaño como los carneros de Panurgo y se descuelgan todos, del mismo modo, por los mismos despeñaderos de la imitación; y pacen todos con idéntica parsimonia el aromático tomillo de la estrofa amatoria. Gozan del privilegio de su ceguera, que los hace grandes en la fe con que se admiran. Pasan los riachuelos cristalinos en manada compacta y trotan y triscan monótonamente al son de los cencerros de la vanguardia y de sus balidos, a que a veces quieren dar entonaciones amenazantes. Van desentendidos de lo que debería preocuparlos. Y, uno tras otro, los nuevos cantores siguen entrando al aprisco y agregándose al rebaño. Identificado pronto con el resto, el último no es por eso el menos feliz. Sólo de los cuadrumanos que cruzan con pasmosa destreza nuestros ríos de la montaña, se dice que "el último mono se ahoga".

Y sin embargo, ¡qué tesoro de inspiraciones se ha dejado de explotar! ¡Cuántas bellezas de acción y de escena olvidadas ingratamente! ¡Qué abundancia de tema substancioso y festivo, al mismo tiempo que solemne y sentimental, desdeñado por mero prurito de rutina! ¡Ah! Si Bécquer hubiera soltado por descuido alguna estrofa estrambótica y pretenciosa en loor de la mula, ¡qué de composicioncillas desorganizadas y epilépticas habrían resonado como ecos de aquélla en nuestras hirsutas soledades; cómo se habrían consagrado a la imitación nuestros juveniles proteos! "Tienen ojos y no ven: tienen orejas, sí, tienen orejas, y no oyen".

El erotismo ciego del primer burro caprichoso; aquella excentricidad afortunada que dio origen a la primera mula; los lípidos paisajes del desierto en que floreció y fructificó aquel idilio; las palmeras esbeltas que dibujan sus perfiles elegantes y preciosos sobre el hondo cielo azul; las eternas, doradas llanuras de arena; las espléndidas lontananzas en que se abrazan, se besan y confunden en melancólicos matices los claros colores de aquel cuadro tan sencillo como admirable; el risueño contraste de un fresco oasis en medio de las ardientes soledades; las invencibles tentaciones que asaltaron a la des preocupada yegua; esa primera impresión, a un tiempo mismo de bochorno y placer que, madre, debió experimentar al encontrar en el fruto de su pasión original y de sus dolores las facciones inequívocas y denunciadoras de un amante que, tal vez sentía vergüenza en confesar; las alegrías tempestuosas del jumento padre, que debió salir de sus casillas y atronar las estepas monótonas con rebuznos de ferviente regocijo cuando contempló aquella curiosa criatura de sus amorosas aberraciones; lo que los adustos inquilinos del privilegiado oasis pensarían de los cuitados padres y del nuevo cuadrúpedo que se les presentó a hacerles compañía; las relaciones posteriores de los dos amantes, en cuya pintura caben disertaciones muy oportunas y estimuladoras sobre la fuerza de la pasión que, gracias a sus condiciones intrínsecas de verdad y lealtad, pudo elevar al humilde pollino hasta la yegua desdeñosa; la historia de cómo el hombre llegó a domesticar y utilizar el nuevo animal, de los servicios y caracteres de éste y de cómo se propagó por el mundo el sistema de las combinaciones generadoras

heterogéneas, son —o voy muy equivocado— asuntos que para el más lucido poema épico ofrecen tema y que —lo confieso— provocan hasta a la más desabrida imaginación y la antojan de darse a engalanar con esmero y entusiasmo las olvidadas efemérides de la mula.

De los animales que conocemos, acaso fue éste uno de los pocos que jamás pusieron los pies en el Paraíso, y sin duda que no habría figurado en la lista que de ellos se hubiese hecho al terminar solemnemente el sexto día de la Creación. No fue conocido por Adán; y es probable que no tomó pasaje en el arca de Noé; es, pues, invención novísima. Todas estas singularidades deberían preocuparnos, y no nos preocupan, gracias a que el con qué y no el en qué pensar es lo que suele hacernos falta en este mundo.

Habéis cenado mal y dormido peor en un rancho de nuestras tierras frías; os aguijonea la necesidad de dejar el estrecho espacio en que estáis respirando aire estancado y empobrecido; el día llega con sus esplendores celestiales; salís al patio de la casucha que os ha dado techo y bichos por aquella noche. Decidme si hay algo igual a la **fianza** tranquila de esa placentera escapada, cuando montáis en una buena mula, gorda, mansa y bien ensillada, espantando el demonio con un buen trago de ron, y en medio de las alegrías y músicas de una de esas mañanas de viaje en el verano, tan anunciadas y cantadas por los gallos, tan ladradas por los perros y tan perramente saludadas por los ajos de los arrieros?...

Sin duda alguna, hay entre las emociones de la vida semi-salvaje algunas que puedan competir en delicada trascendencia con las más exquisitas de la vida de los pueblos civilizados.

Llueve hace tres días; el cielo está encapotado y triste; los caminos intransitables, los árboles lloran sobre los oscuros matorrales que orillan la vía; las pendientes están resbaladizas, y en las hondanadas del solitario y adusto trayecto se alzan fatídicos los palos que los arrieros clavan en los lugares peligrosos para salvar al viajero... ¿Quién, si no una mula os llevará por esos campos de tristeza y de muerte? La mula parece haber sido inventada para venir en nueve horas de Aguadas, la siempre lluviosa, a Piedras, la tierra clásica de las fraguas y de las posadas desmanteladas.

El escalafón, y muy riguroso, rige entre las mulas, como en todo. Mas en ningún otro gremio es dado hallar la filosófica y serena resignación de los inferiores y la suprema despreocupación de los superiores, que hacen del de las mulas una comunidad ejemplar.

Desde las flacas, tuertas y enmantecadas que llevan a cuestras por nuestros arrabales los cueros de las reses que para el consumo de la población han sido degolladas en la rastra, mulas trotonas, cónicas e insolentes, tan desentendidas de su fúnebre tarea como los sepultureros de Shakespeare, hasta las muy clásicas y mirladas en que cabalgaban exclusivamente los magistrados y los médicos en tiempos de Molière, hay una serie matizada de categorías, no siendo la menos original la de las que sacan del circo, en las plazas de toros de España,

el cuerpo exánime del noble y orgulloso bruto en que algún Frascuelo afortunado o algún Lagartijo impávido han lucido la agilidad de sus cuerpos y la velocidad certera de sus espadas.

A una mula —acaso muy envidiada por muchos de nuestros honrados conciudadanos— tocó llevar en sus lomos al gran Napoleón cuando, seguido por sus águilas vencedoras, trepó a la cumbre de los Alpes para de allí “descender como un torrente” sobre las ubérrimas campiñas de Italia. A otra, émula de Eróstrato, tocó rematar de una sacudida, probablemente seguida de coces, a un ilustre jinete, al introductor de las redondillas de arte mayor a nuestro Parnaso, al devotísimo y clásico Don Juan de Mena.

Refiriendo las festividades de aquella curiosa asamblea que celebraron en Marsella Clemente VII, Carlos V y Francisco I, pomposa solemnidad que tuvo carácter de concilio eclesiástico, de tratado internacional y de consejo de soberanos, y cuyo principal objeto era formalizar la alianza de la Casa de Valois con la de los Médicis por medio del casamiento del Duque de Orleans, después Enrique II, con la Condesa de Urbino, Catalina de Médicis, dice un escritor de la época, no poco amanerado por cierto, que en la gran comitiva del Pontífice, después de éste, que era llevado en hombros, y de una jaca riquísimamente enjaezada en que se conducía al Santísimo Sacramento del Altar, iban todos los Cardenales con sus más lujosos atavíos, caballeros en sendas **mulas pontificias**. Este pasaje, sacado de una crónica curiosa, recordará a los lectores el papel importante que en cierta época representó la mula en este ingrato mundo.

Si hay muchos entre los beduinos de esta aburridora caravana de la humanidad que nunca han parado mientes en la admirable personalidad de la mula, achaquemos tan injurioso desdén al aturdimiento que suele producir en tántos el espectáculo del mundo, que al Rey Sabio acabó por hastiar y parecer monótono, o a superficialidad y vanidad, signo el más característico de los que pertenecen a esa que con divina moderación llamó el Espíritu Santo “larga tropa de los imbéciles”.

¿Qué sería de nuestras esperanzas de civilización, cómo podríamos acercarnos a nuestras selvas solitarias, cómo cruzarlas, cómo establecer nuestras comunicaciones, cómo transportar nuestros productos y los objetos con que satisfacemos nuestras necesidades, qué sería de nuestros viajes y exploraciones, de nuestras guerras y emigraciones, sin la ayuda de la mula? Suprimidla, y como en una maquinaria cuya faja de transmisión, para el movimiento, faltara repentinamente, sucederá la quietud. Suprimidla, y faltará a nuestra vida de pueblo la más movable y señalada de sus facciones.

Se comprende que no la aprecien los que no la conocen; y es difícil conocerla bien. Así como el oficio de crítico requiere estudios y disposiciones especiales y una larga preparación en el examen y la comparación de las obras; así como para amar con el verdadero y puro sentido estético de la pasión, se necesita una naturaleza dotada de delicadeza, de sensibilidad y un esfuerzo soberano para aislar las aspiraciones en una atmósfera propicia, del mismo modo, para apreciar en sus valores relativos y justos las condiciones de la mula, se ne-

cesita haberla observado cariñosa y cuidadosamente y servídose de ella en las circunstancias más adecuadas para poner en juego sus habilidades.

Bajo los rayos de estos soles nuestros que parecen acabados de vaciar del rojo molde, al subir una de las interminables cuestras por donde se sale de las hondas y calurosísimas orillas del Cauca; al cruzar uno de esos parajes desolados y desoladores, en que la vista solamente descubre, a lo lejos, cielos serenos y terriblemente despejados, picos adustos y desnudos, faldas pendientes y cauces pedregosos que el verano ha secado, y cerca, colinas tostadas por los calores de la canícula y árboles secos esparcidos con tacañería por un terreno rajado, medio envuelto en los pobres harapos de pardos matorrales deshojados, entre los cuales revuelan fatalmente, como los pecadores carnales del Canto V del Infierno (*), bandadas tupidas de langostas hambrientas; al seguir con sed y tedio una de esas sendas solitarias en que el espíritu se asfixiaría si no pudiera abstraerse un tanto y entregarse a meditaciones de otro orden, o a las caricias de la incansable esperanza; al cruzar, por en medio de tierras que reflejan el calor como otras tantas placas de platino, distancias que se miden por días y semanas de penosísima fatiga, la mula que debe sufrir por lo menos diez veces más que el viajero que lleva encima, no se sofoca, no se altera, no pierde nada de su sereno porte, no se desespera ni se exalta. Muévase lentamente tomando resuello de cuando en cuando; jamás se afana como el caballo por alcanzar pronto y a costa de cualquier sacrificio la apetecida cumbre; y cada vez que las vueltas del camino le presentan al alcance de su hocico algún arbustillo raquítico, miserablemente decorado por algunas hojas empolvadas, muérdelo avidamente, apreciando con admirable aplomo la oportunidad del infeliz bocado, y sigue mascándolo, a pesar del freno, con una conformidad ejemplar.

Donde un caballo vacila y cae; donde se enreda y, con el ímpetu del susto, se sacude y desploma, la mañosa mula sale por las orillas sin correr, al parecer, peligro alguno.

Son dignos de notarse el esmero y acierto con que ésta cruza por la noche los más difíciles pasos de nuestros caminos. Llega a la orilla; estira el pescuezo entre la espesa sombra, husmea, huele lodo, tiembla, se aquieta un momento, y luego, si el paso lo es, entra resueltamente y sale airosa... Cuando la mula se resiste a pasar, cuando ronca y quiere retroceder ¿quién será el bárbaro que insista? No hablo por supuesto de los borrachos, quienes tienen su ángel guardián especial para cuando van a caballo.

Las mulas de los bebedores y jugadores de profesión, son muy interesantes. Conocen las ocasiones y lugares en que han de detenerse para que su jinete empine el codo; y pasan horas enteras, de día o de noche, con silla y freno puestos, aguardando pacientemente a que, cansado o victorioso o desvalido, salga de la garita su amo y siga su camino. Cuando lo lleva a fiestas a algún lugar, a tentar la suerte, la veréis alegre y excitada como una damisela que baila por la primera

(*) Dante.

vez con su galán; cuando lo trae, después de desastrosos albures, participa del desconsuelo, el mal humor, la fatiga y el adusto ceño de su amo.

Aquel jayán rozagante que con su gran sombrero a la pedrada, nueva ruana y alegre facha, cabalga esa mulita negra y la hace galopar incesantemente, va a riñas, viene de su campo y lleva bajo la ruana su gallo contemplado a cuya pata va a jugar cuatro **condores**. Ved cómo **pajarea** la mulita a cada vuelta del alegre camino, animado por los paseantes del domingo; y cómo, cada vez que el gallo canta debajo de la ruana del mancebo, endereza y recoge las orejas, alza la cabeza, entiesa el rabo, y parece en su alegre movimiento desafiar a cuantos encuentra. Tiene fe en la suerte de su amo y en la espuela del gallo. Lleva a César; y sabe llevarlo.

Cuando una mula se enamora —¡vaya! ¡y esto es serio!— nada hay que pueda compararse a su entusiasta adhesión por el objeto de su cariño. Precedida por el **madrino** (llaman así los arrieros al caballo conocido y casi siempre entrañablemente querido por todas las mulas de la recua y al cual siguen gustosamente), la veréis ligera, alegre, casi coqueta: que falte él, y luego se pone mohina, pesada, caprichosa y amenazante. En pocas horas de compañía en el curso monótono de una noche de **mala muerte** en algún corral pelado, suele una mula sentirse herida mortalmente por el dardo fatal. ¡Cuántas fugas misteriosas entonces! ¡Qué dificultades por la mañana, si, a pesar de su afición a las aventuras a lo Manon Lescaut —pero puras— se ha quedado, para separarla del caballo piojoso o del macho cascorvo de quien en hora infausta se prendó!

¿Ha querido alguna vez la yegua con el fervor incontrastable de la mula? Y eso que en la primera las voluptuosidades de los sentidos y los secretos instintos de la maternidad deberían hacer más intensos los afectos.

La mula quiere con un cariño aún más sereno y desinteresado que el de Grauben, la seca pupila del Profesor Lindenbrock, de que habla Verne: el viejo Ossian cantó algo parecido a ese amor idealizado, destinado al perpetuo fuego del deseo imposible. Desconoce los furiosos y humillantes ímpetus de la pasión carnal, y para ella no sería latín sino griego aquello del **férvidos puer** que tan buenas cosas sopló a Horacio. En el cariño de la mula hay el respeto y la constancia que distinguen las grandes pasiones de los hombres severos; y la mula podría simbolizar algún ideal doctrinario, como fue para Dante símbolo universal de una perfección suma su Beatriz. Al fin y al cabo, el amor de la mula es, bien estudiado, superlativo y heroico esfuerzo del corazón.

Destinada (y voy a robarle su verso a Moratín) a “morir de puro doncella”, su cariño es como una amistosa y delicada ternura, casi siempre impregnada de admiración por quien logró inspirársela. Más de una vez he visto una muleta esbelta, ágil y hermosa, contemplando con amoroso asombro los trotes desacompañados de un **madrino** viejo, gomoso y abatido. Debo también confesar que, insensiblemente, delante de ese cuadro, la corriente de mis meditaciones me ha traído por una escala suavísima de símiles y reminiscencias, desde el mundo pa-

ra mi interesantísimo de las mulas, hasta el no menos interesante de las gentes.

Siguiendo la suerte de la mayor parte de las cosas y seres que más útiles son a la humanidad ingrata, el fin de la mula es terriblemente ejemplar. ¡Cuántas veces ha encontrado uno en medio de algún hondo barrizal el cadáver de una mula que, abandonada por las fuerzas, luchando bajo el peso de una carga descomunal de catorce arrobas, en los rigores de esa serie de intransitabilidades que tenemos la desvergüenza de llamar caminos de invierno en este país, cayó por fin, vencida y abrumada! Los arrieros siguen con el resto de la recua, maldiciendo la hora en que la infeliz no pudo más; y su agonía solitaria no tiene más testigos que los buitres, que acechan el momento de desgarrar sus carnes magulladas. Más inocente que Prometeo y más desventurada, la vence el destino y cae luchando esclavizada y maldecida.

Y, sin embargo, ¡cuánto se necesita para que una mula llegue a ese estado! Ella tiene la noción instintiva de las reservas. Se declara perezosa, en ciertos momentos, **dura**, en otros, cansada, al parecer, en los más graves; pero cansada y todo, puede siempre dar un paso más todavía; el látigo, las espuelas o el hambre la harán seguir, sabe Dios hasta dónde! Una mula nunca se cansa e inutiliza con la franca bestialidad del caballo. Por eso, aquélla, muerta de fatiga, flaca, reventada de esfuerzo, caída de cabeza entre el barro, vidriados los ojos y separados los labios con esa horrenda expresión que por sarcasmo semeja la sonrisa y que es la última mueca de la vida —al mismo tiempo que un espectáculo horrible—, es, conforme a la trascendencia de su significación, una luminosísima enseñanza.